

Proyecto Mandarin

Julian E. Cabrera



Capítulo 1

PROYECTO MANDARINA

Cuando hubo terminado el enojo por haber mojado su zapato al poner el pie en un charco fuera del vehículo, Ricardo Ramírez tuvo una repentina desilusión al levantar la mirada y ver la edificación. Era burda, común, insípida, sin clase, tal y como el Gobierno que la poseía. Luego de recapacitar al llegar al séptimo piso, pensó lo tonto que era, estaban manejando un bajo perfil, y con justa razón, el proyecto Mandarin era todo menos algo presuntuoso, necesitaba estar bajo la sombra del público pues, podía caer en las manos erradas.

Fue guiado por un joven de cara rustica a través de una larga hilera de cubículos, vacíos a esa hora, hasta una oficina, y ahí estaba Reiner. Su evidente malestar le hizo tomar un tono frio y altivo.

—Le dije que todo en este mundo es posible, menos regresar de la muerte, sin embargo, si ya podemos viajar en el tiempo, y déjeme decirle que lo felicito por llevar a cabo un proyecto tan delicado de manera acertada, ya pronto la susodicha frase tendrá ínfima o ninguna validez.

—Señor Ramírez, como le dije la última vez que nos vimos, y discúlpeme por ser tan directo, no es mas que un niño caprichoso con dinero, así que.

—No es solo dinero, es el poder que da. —admitió con una sonrisa.

Reiner sonrió, se dio la vuelta para ajustar un aparato y en la esquina una cámara se encendió.

—A partir de ahora...

—¿Que hace?¿quiere grabarme para publicarlo?.

—¿Me cree estúpido?, voy a grabarme indicándole los detalles, riesgos, y mas que nada, porque quiero lavarme las manos. Es usted como un bebé con una pistola, un peligro.

Reiner le extendió una hoja de papel sobre el escritorio. Ramírez la leyó.

— ¿Tanto miedo me tiene?.

— No se de tanta importancia, todos los viajeros deben firmarla, y son grabados.

Luego de que él la firmarla, continuó.

—A partir de este momento es, usted-está bajo su responsabilidad, solo suya y nada mas que suya, y si alguien declara haberle visto ingresar lo negaremos categóricamente. Usted —Le señaló Reiner con el índice —, es el único no-agente que va viajar con fines recreativos, o quien sabe que diablos, pues es peligroso enviar a alguien a su propia línea de espacio-tiempo ya que no sabemos nada ni los efectos producidos en la línea temporal tanto de esa persona como de todos. Y si es que existe una línea alterna o no, no estamos para averiguarlo.

» Ahora, solo usamos este proyecto para resolver crímenes del pasado en el presente (por ahora claro está). Los agentes que son enviados, no deben tener nada que ver con el suceso, ni siquiera del mismo país y solo se les envía como observadores para luego, con los datos obtenidos, investigar en el presente y generar, o dar fuentes falsas (por obvias razones), al atrapar al culpable.

» La razón principal de enviar agentes sin vínculos es que se han detectado anomalías temporales, como ese video famoso que hay en la red sobre una especie de portal que se ve en las Filipinas, ¿lo ha visto?, bueno no importa, un agente enviado tenía vínculos, sin saberlo claro, y estuvo mucho tiempo en la investigación casualmente... no es seguro que fuere la razón pero lo asumimos ya que nunca más se presentó. Así que se recomiendo en caso tal, que no estén más de veinticuatro horas.

» Por último y no menos importante, ¿aun desea continuar con su capricho?. —Ricardo Ramírez torció sus ojos. Reiner procedió a extraer del cajón del escritorio una tarjeta, era de metal con perforaciones; un sobre manila, y un juego de llaves con un llavero. Luego firmó un papel y lo introdujo en un segundo sobre de manila que armó en el acto con otros documentos apilados aun lado y lo selló con una grapadora.

—Si es así, lleve esto con usted. Son las llaves de un apartamento y de un vehículo. En este sobre están las direcciones, identificación acorde a la época (alguien real), licencia de conducción, documentación del banco que le acreditan como dueño de una cuenta... y en este sellado, sobre si encuentra información. Siga las instrucciones recolectadas ahí sobre como hacerlo pero solo ábralo al llegar. No antes.

Ricardo Ramírez estuvo oyendo detenidamente, y guardó cada cosa en los bolsillos de su elegante gabardina.

—Aunque no lo crea, voy a resolver un crimen... el de mi padre.

—¿Y por qué no dejarlo en nuestras manos?. —preguntó Reiner. Ramírez

no respondió y se levanto.

—Un momento —dijo Reiner repasándolo de arriba a abajo —no puede viajar así — Reiner miró su reloj de pulso e hizo una mueca, sacó unas llaves de su bolsillo y se las lanzó —. Al fondo a la derecha hay un casillero, vístase acorde a la época. Rápido, que tengo que ir por una posible información para un caso de otro viajero casualmente.

En el piso diez de los once que habían estaba la máquina. El ascensor se abrió en una habitación de paredes negras, no había nada excepto una jaula de vidrio que contenía una silla. Esta era en madera, muy robusta, con correas en los brazos, pies, y al pecho. Ante la jaula había un empleado vestido de overol.

— ¿Osea, electrocutan al viajero para mandarlo en cenizas al pasado y reconstruirlo? —dijo Ramírez irónicamente.

Cuando el empleado termino de ajustarlo a la silla, la tarjeta se resbaló del bolsillo del pantalón. Reiner se inclinó a recogerla.

—No olvide esto, si lo pierde no podrá regresar y Dios sabe que podría pasar. —Se la puso en el bolsillo interno de la chaqueta.

Acto seguido. Los demás abandonaron el piso.

Fue un momento largo en el que Ricardo Ramírez estuvo simplemente viendo al rededor. Había leído cuentos, visto películas, cómics, incluso leído artículos donde se especulaba y se retractaba los viajes en el tiempo como ir trasladándose por un agujero a gran velocidad, o una secuencia acelerada de los eventos sucedidos al ir a través de la dimensión temporal, pero... para sorpresa de él, no ocurrió nada sino un leve corte de fluido eléctrico que se noto en la luz encima de él.

La puerta del ascensor se abrió nuevamente.

—Oigan, ¿que pasa? ¿Es una broma acaso? — preguntó Ramírez algo ofuscado e intentó moverse pero las correas no se lo permitieron.

Solo una persona salió del ascensor. Era un bonachón bigotudo vestido de camisa blanca con corbata, tirantes, pantalón azul y un ancho abdomen que le hacía balancearse al caminar.

Abrió la puerta de vidrio, y lo des-amarró de la silla.

—Bienvenido —repuso el afable sujeto —, ¿qué tal el viaje?

Ramírez le tomo un momento para percatarse de lo sucedido. Se sacudió, verificando que cada objeto estuviese aun con el, en especial la tarjeta en

su bolsillo.

—¿Quién es usted?.

—Soy... —Se interrumpió el sujeto indeciso en continuar inicialmente —el vigilante, mas bien soy como un anfitrión los recibo no más. No importa... soy Clementino. ¿Le dieron indicaciones?.

Ramírez asintió mientras merodeaba por la habitación. Era idéntica a la que había entrado, aunque no había nada mas ahí al entrar que la silla dentro del vidrio, así que fue dentro y la observó detenidamente, raspones, magulladuras, nada extraño. De igual manera no había detallado en la que se sentó inicialmente en el futuro... y al pensar eso se extrajo de su credulidad y decidió salir, tenía que verificar si era cierto o no que estaba en el pasado.

Al salir del edificio, vio era todo completamente diferente, pero sobretodo y lo que mas le ofuscó fue el sol. ¿Como puede ser?. Caminó y no reconoció nada al principio. Preguntó la hora a un transeúnte.

Tres y quince de la tarde.

No quiso preguntar por el año o fecha para no parecer loco, así que compró un diario. No podía creerlo, septiembre catorce. Se sentó abrumado en una banca de un parque.

Toda emoción se había esfumado, esas ilusiones y fantasías que habían acudido a él sobre viajar en el tiempo, sobre qué haría si tuviese esa oportunidad, ya no estaban. No supo porqué primeramente, pero, después de cavilar más tiempo pudo darse cuenta que era el hecho de estar ahí, estar en ese momento cercano, y el pensar en que iba pasar de nuevo, el solo hecho de saber que su padre dentro de poco moriría le ponía en angustia.

Su cabeza se nubló luego y no pensó nada por varios minutos, mas estuvo viendo hacia el cielo azul, un cúmulo de nubes se movía de manera perezosa. Se intentó distraer tratando de sacar figuras, vio un perro, luego un gato, luego un gordo acostado con su cabeza apoyada sobre su mano.

Un pito furioso de un vehículo le abstraído.

Y le dio hambre...

Mientras comía un plato de pasta boloñesa bastante generoso, pudo pensar con claridad y decidió ir a espiar a su casa, pero estaba confundido sobre como llegar desde ahí, así que al finalizar de un solo impulso la limonada, preguntó por la séptima al mesero y fue caminando al sur hacia

la casa.

A medida que se acercaba, una nostalgia lo embriagó, las casas aun mantenían un viejo retoque, una antigüedad de siempre, una comodidad confortante, un calor tierno como una cuna para un bebé. Acortó el paso y en un momento se detuvo. ¿Y si me encuentro conmigo mismo que pasaría?. Ya estoy lo suficientemente cerca para causar algún evento, un cruce de dimensiones o algo por el estilo. Fantaseó con el cielo pixelarse y caer a pedazos ante él como bloques, como tejas coloridas, translúcidas, semejabán trozos de arco-iris, pero, nada pasaba.

Tal vez el pesado e insoportable Reiner estaba exagerando y dijo todo eso por amargarme el rato.

Así que decidió avanzar a paso firme.

Al llegar a la esquina, divisó la ciudad hacia el occidente, algunos rayos crepusculares naranjas posaban sobre terrenos a lo lejos hasta donde le alcanzaba la visión o la curvatura de la tierra le permitía. Quiso ver por un momento, quiso respirar tranquilidad, quiso querer sentir por un instante al menos ese confort de niño de tenerlo todo, la seguridad de que todo estaba ahí, de que no había un futuro porque el presente era infinito, que papá y mamá serían eternos...

Luego continuó hasta estar frente a la casa, en la acera opuesta, bajo un cedro. Ahí estaba como lo recordaba, la fachada de ladrillos, el jardincito lleno de novios, cartuchos, rosas, trinitarias, canelones; y la ventana con cuarrados de vidrio dando al jardín, luego el garaje. Quiso por un instante ingresar, subir la escalera e ir al segundo piso en la primera puerta a la derecha donde era la habitación de sus padres, entrar y abrazarlos y decirle a su papá, no salgas, no salgas, haz caso de tu pereza y no morirás y podremos disfrutar más tiempo juntos. Lagrimas rebosaron sus ojos y corrieron por la mejilla al recordar ese día, era el próximo día, pero ya lo sabía, ya lo había vivido y hubiese preferido no haberlo hecho, poder vivir más tiempo con su papá porque le faltaban muchos años más, le hubiese gustado que su papá lo viera de saco y corbata ante el altar esperando a Isabel, que hubiese estado orgulloso de su primer nieto, David, y luego de sus tres más Javier, Jenifer y Mariana; le hubiese gustado haberle cumplido a su papá el deseo de conocer el mar, que más tarde el mismo conocería con dieciocho años y que se cansaría de visitarlo yendo y viniendo en Jet privado a Cartagena, le hubiese gustado que su papá hubiese visto el hombre en el que se convertiría, el hombre que es ahora. Pero no había ya nada que hacer... ¿o sí?.

La idea le había llegado de manera absurda leyendo un libro sobre el infierno que le regaló su esposa años antes, en este, un demonio le pregunto a un pobre infeliz acerca de algo que hizo en su vida, sin embargo, él ahora teniendo esta oportunidad dudaba, ahora estaba la

oportunidad de poder cambiar su futuro, ya lo conocía, pero no se atrevía por alguna razón. Sacudió su cabeza por lo absurdo de la idea. Ese estúpido de Reiner me sembró cizaña.

Una sombra se dibujo en la ventana así que se bajó la cabeza como si lo fuesen a reconocer, y decidió alejarse.

Mas adelante en una panadería, revisó los papeles y vio el primer sobre donde había una hoja con las direcciones de hotel y la de regreso que para su sorpresa era lejos, se extrañó que la máquina en la que vino no funcionara para regresar, bueno, funcionaba pero no la misma silla dentro del cubículo de vidrio, sino en otro lado. Se lo preguntaré a Reiner al volver. Y verificó la tarjeta en el bolsillo. Se dispuso ir a descansar.

El apartamento era muy austero, más bien un aparta-estudio muy amplio con lo necesario para una persona, una ventana con vista a un parque, calefacción y la pequeña cocina sin nada en la despensa, por lo que agradeció haber comido algo ligero en la panadería y se decidió solo a tomar una ducha.

Ajustó la calefacción para hacerse sentir en casa, y puntual, como lo hacía con Isabel, a las nueve y treinta de la noche se puso bajo las cobijas pensando en que no estaba tan lejos, en la misma ciudad, pero si a cincuenta años de distancia. Incluso cruzó por su mente que si tuviera más de veinticuatro horas, habría decidido ir a verla de pequeña, ver como era, como se comportaba, si tenía la misma mirada tímida y bondadosa que adoraba en ella, esa que le hizo sentir una ternura instantánea al hablarle por primera vez.

Luego pensó en su familia, en lo que estaban haciendo. A esta hora deberían estar viendo televisión después de haber comido pan con chocolate, o mas bien ahora debería estar con ellos; pero estaba ahí, y le agobiaba esa pasividad, estar sin hacer nada al respecto, y, al mismo tiempo estaba indeciso. Antes de viajar intentó leer en lo posible sobre el tema, se había conseguido un mamotreto sobre el funcionamiento, las implicaciones, las teorías, los mitos de los viajes del tiempo que, en vez de ayudarle, lo hacían no poder dormir.

¿Y si desaparezco al intervenir? ¿y si el tiempo es un rio en el que no importa el obstáculo, se desviará pero no se detendrá y seguirá su curso? ¿que ocurriría con Isabel, Davidcito, Javi, Jeni y Mari? ¿será que yo ocasioné algo al llegar?, ¿seré yo mismo el asesino?, ¿y si los detuviera que pasaría en el futuro?, ¿se bifurcaría en uno alterno?. Su temperatura corporal se elevó y el torrente de ideas se transformó en un huracán, pero

una decisión prevaleció con convicción: conseguiré un arma mañana.

No supo cuando pero pudo al fin quedar dormido pasada la media noche.

Al día siguiente madrugó, le preguntó al vigilante del edificio donde se podía conseguir un arma temporalmente, y éste le dijo que no sabía, sin embargo, dio vagas conjeturas sobre conseguirlas en la zona cerca a la décima, aunque sin algún conocido le sería imposible. A través de este mismo, dio con varios contactos que al final le hicieron ir a un sitio seguro donde un sujeto de aspecto casual le entregó una bolsa de papel, la miró sin sacarla y un escalofrío le puso la piel de gallina, jamás había tomado un arma en sus manos, jamás había siquiera disparado una, luego un impulso frío le hizo guardarla en su bolsillo y continuar para mas adelante comprar un maletín, un reloj, una libreta, lapiceros, lapices, sacapuntas, borrador, y un tinto.

Luego se dirigió a donde debía estar en ese día del año mil novecientos ochenta y nueve, la heladería Alfonso. En frente había un café, así que desde la mesa cercana de la ventana observó después de muchos cafés con leche y almojóbanas, como la familia, su familia, llegaba al sitio. No era como los recordaba, verse a si mismo pequeño, con la chaqueta, pantalones azules, camisa a cuadros con corbatín y sombrero, era una experiencia de desdoblamiento; su mamá y la elegancia de siempre, con sombrero, llevaba su cartera sujetada con fuerza bajo su brazo izquierdo; el papá tenía camisa de mangas cortas con pantalón marrón y sus mocasines; Margarita, la siempre caprichosa Margarita, en ese momento iba en brazos de el papá casi dormida, pues no había querido caminar mas de dos cuabras después de haber salido de casa.

Entraron y pidieron helado, como recordaba, sentados en una mesa en la mitad del local, aunque era algo que no recordaba con exactitud, eran difusos, los recuerdos nunca podrán ser fidedignos, los recuerdos son sensoriales, evocan. Ahí, ahora mirando como un espectador que va al cine a ver una película, pasaron cuarenta minutos muy largos, donde el simplemente tomó más café con leche, mientras al otro lado su pequeña versión de si mismo disfrutaba de un helado enorme, charlaba, y se reía. Fue ese momento el último de su vida que sintió tal emoción.

Por último habían ido al baño, y de ahí se dirigieron a casa.

Ricardo pagó la cuenta, y los siguió desde una distancia prudente. A esa hora, a las doce y diez del medio día del quince de septiembre, la calle estaba concurrida, y la sobriedad en los colores de la ropa aun dominaba las calles, pero sobre todo, no había reinando aun el caos capitalino que

cincuenta años después amilanaba a muchos.

Tuvo una súbita idea y aceleró lo suficiente para sobrepasarlos y así poder verse, y luego poder ver a su papá, era la última vez que los vería con vida pues ya se acercaban por la carrera sexta con calle diez hacia donde pronto ocurrirá el trágico desenlace. Se dio vuelta y ahí estaba, su papá, su cabello ondulado y negro como brea, sus lentes de aumento como el fondo de botella que acrecentaban el tamaño de sus ojos, su bigote ralo, y esa sonrisa pueril.

Tropezó con alguien y mientras intentaba conciliar con el furioso transeúnte, los perdió.

A toda prisa se dirigió hacia el sitio, carrera sexta con calle seis aproximadamente, con paso apresurado y tomando pausas pues, a sus casi sesenta años, distancias así le costaban.

Al acercarse pudo observar que habían dos tipos en una esquina, no pareció reconocerlos pero supuso eran ellos, eran dos los que recordaba habían robado y apuñalado varias veces a su padre.

Desde lo lejos, una cuadra arriba, en la quinta, vio por el terreno inclinado que se acercaba su familia.

Tomo una bocanada de aire y sintió el frío metal del arma en su bolsillo. No quiso levantar la mirada mientras los sujetos se escondieron en un callejón que daba a la puerta de una vivienda.

El valor le llegó y levantó el arma apuntando desde ahí hacia abajo, vio, y es correcto decir revivió, el momento desde la distancia, mientras los sujetos abordaron a la familia, les intentaron despojar de sus pertenencias, vio como su mamá los intentaba cubrir en sus faldas y un ladrón le amenazaba con un cuchillo alzado, listo a atacarla mientras papá estaba siendo esculcado en todos los bolsillos y también amenazado por el segundo ladrón armado.

Por fin les quitaron sus pertenencias: el bolso de ella, y una bolsa adicional con dos sombreros que papá había comprado. Ricardo Ramírez sintió el mundo se derrumbaba a su alrededor, sintió sus piernas deshacerse y que se hundía en la tierra, y luego una especie de parálisis, un congelamiento. En su mente decidió apretar el gatillo pero este no se accionaba, le pesaba, como si jalara una montaña con un solo dedo; era algo ajeno él que no le permitió intervenir y su cuerpo no resolvió ejecutar la orden de su espíritu y su voluntad, solo habían lagrimas que a chorros se descolgaban por su rostro.

En un último acto de dolor, sintió no podía soportar más y cerro los ojos, sin embargo no pudo evitar oír los gritos de angustia cuando su papá por evitar se llevaran las pertenencias se lanzó contra un ladrón y el otro le

apuñaló varias veces quedando en el suelo. La madre gritó ayuda, y Margarita lloraba desconsolada mientras el pequeño Ricardo estupefacto lo vio todo, y él, desde lejos, presenciaba el fin de su niñez y la maduración forzada.

Por un momento, escuchó llantos, y luego un silencio absoluto. Lo sintió largo, y luego de por fin de calmarse, recordó: los ladrones.

A paso acelerado bajó y la familia estaba siendo socorrida por personas que ya les rodeaban, así que pudo pasar por ahí y ver que mas abajo iban corriendo.

Los persiguió, y adelante en la avenida se dio cuenta se habían separado por diferentes caminos.

Decidió continuar detrás de uno, este tomó rumbo abajo y varias cuadras después sobre la calle primera dobló para entrar a un casa.

Se quedó ahí paralizado un momento largo pensando que hacer, luego reaccionó, sacó la libreta y anotó la dirección y también el teléfono que había en un aviso en una ventana sobre arriendo de habitaciones. Se recostó a la pared una casa y pensó en como hacer para poder atraparlo en el futuro, es probable que se haya mudado, o este preso, o incluso muerto... y eso le hizo pensar que entonces no habría justicia. Volvió a tocar el arma, y comprendió que tal vez no podía, no era un asesino, tal vez...

En ese momento se tropezó con alguien.

—Discúlpeme — dijo amablemente y prosiguió su camino.

Era el otro ladrón.

—Disculpe amigo —dijo Ramírez — ¿sabe usted de alguna habitación en arriendo por acá?

El sujeto avanzó un par de pasos y se detuvo.

—Mm, en aquella casa hay una. — Dijo mientras se daba vuelta.

—¿Vive ahí usted?

—No, pero un amigo si. Si gusta le llevo.

—Mucho gusto, soy Ricardo —Y le extendió la mano.

—Me llamo Martín.

—Mucho gusto, Martín...

—Cáceres.

Ricardo fue invitado a la casa y dio un vistazo a la habitación rápidamente sin mayor interés, trató de sacar la información que pudo al otro hampón de nombre Javier, y a su madre, que le había ofrecido tinto pero al ver la hora, 2:10 p. m. se despidió, se apresuró a tomar un taxi hasta la dirección correspondiente para su regreso, ya iba retrasado.

Por la ventana del taxi, Ricardo miraba el cielo de la ciudad que fraguaba las lluvias próximas a caer y venían del oriente, y los cerros empezaban a ser arropados de un velo de lluvia, mientras a él acudió una ira enorme y fantaseó con en vez de no haber actuado, que sacaba su arma y asestado dos balas a cada uno en la cabeza cuando estuvo ahí frente a ellos mientras la madre, la pobre vieja se acercaba al cuerpo de su hijo.

Al acudir al sitio, este era una casa enorme de estilo colonial sobre la vía circunvalar, sobre las faldas de los cerros, con una vista apoteósica de Bogotá. Pensó que el sitio era tan obvio y tan sutil que no parecía del gobierno, pues no había vigilancia, estaba ahí en la cara de todos sobre la avenida y se sorprendió, tal vez había que darles un poco de crédito se dijo.

Había ahí una pequeña recepción donde el portero le pidió su tarjeta. Ramírez se la dio y a cambio le devolvieron una llave, tenía un llavero con el número dieciocho. «Segundo piso por la escalera la única puerta», fue toda la escueta indicación que recibió.

Arriba, al pasar la puerta había una sola estancia enorme donde sus pasos hicieron eco, y tampoco había ninguna silla en una caja rodeada en vidrio, en vez de eso solo habían casilleros a todos lados de las paredes. Pensó en ir devuelta al portero cuando recordó el segundo sobre, los documentos sellados. Se acuclillo, colocó su maletín en el piso para buscar y los extrajo: habían unos formatos que no detalló demasiado, seguía un contrato, el mismo contrato que había firmado una semana antes del cual no leyó ni un renglón, luego dos hojas con instructivos de algo que a simple vista no entendió y en la última hoja del paquete una carta a mano, la que había introducido Reiner:

En caso tal de que obtenga información sobre el crimen que desea resolver, si es que hay uno, consigne la información en la forma A25, incluida, dentro del casillero correspondiente. En la columna Items diligencie con base a la hoja del formato anexo al contrato, y consigne

detalles específicos para la ubicación probable en esta época(en el 2040) del/los responsables. Como consejo, compre una cámara fotográfica, es un registro fiel y duradero si se conserva correctamente.

Tal vez no entienda una sola palabra de esto, así que le ahorraré tiempo: La tecnología para viajar en el tiempo aún no permite ir y volver, no sabemos si es posible, o si afecta en algo nuestra línea temporal o alguna otra —en caso de que exista — por lo que, Dios se apiade de nosotros por lo que llegue a ocurrir por su culpa.

Atentamente

Reiner de la Hoz

08:45 p. m. del Abril 27 del 2040.

UNA GRAN ROCA FLOTANTE

Como una gran roca flotante, así le parecía a Kohe el planeta que era su casa, su hogar, el único lugar donde respirar aire puro no generado artificialmente como donde estaba; aunque eso fuese un eufemismo, pues el aire se sabía a ciencia cierta que estaba contaminado por gases del espacio. Estaba viendo el planeta a través de la enorme ventana en forma de círculo, y este era carente en lo absoluto de belleza, de atractivo, incluso de vida a simple vista pues parecía desértico, ningún ser en la galaxia con un ápice de inteligencia (si es que había otra) se interesaría por esa roca obtusa flotante, por ese cuerpo celeste que a simple vista parecía difunto. Eso le aliviaba, pero, ¿estaban en realidad solos?, siempre se preguntaba lo mismo y llegaba a la misma conclusión: no importa. Se convenció de eso y otro tema que lo agujeraba acudió a él en ese instante, la nave en la que estaba trabajando, ¿para qué es esta enorme nave?.

Dio la vuelta en si mismo, y continuó su rumbo por el pasillo hacia el área de lavado. Le tomó unos diez minutos hacerlo, estaba harto de que su habitación estuviese tan lejos de su lugar de labores... y aveces olvidaba cosas, una vez olvidó un martillo eléctrico y al regresar su jefa le llamó la atención, cosa que lo indispuso. Aunque en realidad estaba harto de todo, de ir y volver, de levantarse, de no hablar con los demás mas que con los de su área y con su superior, de la esterilidad de que todo se viera igual por las ventanas, el día, la tarde, la noche; de hacer cosas sin ningún sentido, pues ya esa pasión, por conocer el espacio, o vacío como lo conocían, se había esfumado a las primeras dos horas de haber llegado.

Pronto, se halló laborando. Estaba instalando una tubería de aire caliente para el sistema de calefacción, y que también se usaba para la cocina, y

para el sistema gravitacional de la gran nave... ¡y es que era grande!, el había instalado casi todo los niveles del ala sur, así que era su responsabilidad.

—Tenemos un problema Kohe —dijo la mujer que apareció de la nada y masticaba algo. Permaneció bajo el umbral de la puerta — el calor desciende en la cocina del nivel doce.

Kohe bajo la cabeza hastiado.

—¿A cuanto está? —y se levantó para darse la vuelta, luego se limpió las manos en su overol.

—Dieciocho.

—¿Tan caliente?

La mujer asintió.

—Jefa, ¿puede enviar a otro?, aun no termino acá y requieren esta habitación funcionando, aparentemente colocaran unos aparatos medidores y... como hay tantos secretos, respecto a esta bola de chatarra descomunal, la humedad no es la requerida en cada habitación ni hay documentación o contacto con el personal del norte desde donde viene esa tubería, así que...

La jefa había disentido en todo momento desde que él había iniciado su repertorio de excusas. Le interrumpió con un ademán.

—Sabes a lo que vinimos, no nos importa que hagan acá, no debe importarte, solo debes ceñirte a las reglas y hacer lo que se te diga.

—¿Y que hago con las ordenes de su jefe?, Car mismo me dijo...

—amm...

La jefa frotó su mejilla meditando, luego se dispuso a irse sin decir algo.

Kohe volvió a sus labores.

El incidente le indispuso, no le gustaba dejar nada medias, tampoco le gustaba incumplir una palabra, pero sobre todo detestaba ir del nivel cuarenta y siete al doce... a pie, pues el ascensor no funcionaba aun, y el equipo de reparación hizo funcionar solo el del ala norte, y lo mismo... caminar al norte tanto para bajar en ascensor y luego volver era estúpido...

La enorme llave con que apretaba un tubo se resbaló y se golpeó la muñeca. Lanzó improperios y botó la llave con furor a la pared que hizo una abolladura. El estropicio llenó la estancia .

Justo cuando una tormenta de frustración, ira, desesperación, y tristeza le sobrevino al punto de querer correr y llorar, a la puerta apareció la jefa de nuevo.

—¿Aún estás acá? — dijo en tono indignada, con un acento muy alto al iniciar la pregunta.

—¿Donde se supone que debería estar? —respondió él, acompañado con un gesto de sus manos abiertas.

— En el piso doce. —Se interrumpió ella y fue hasta la abolladura en la pared metálica. — ¿Y esto? — Lo frotó con sus manos.

Kohe no tuvo ánimos de pensar en algo creativo, ni lógico, solo se limitó a responder perezosamente.

—No sé.

—Kohe, cuando viniste acá eras un empleado modelo, tu servicio acá jamás fue obligatorio, si voluntario, y se te ha prestado el debido seguimiento, así como hecho exámenes y has resultado mas que normal pero, últimamente has estado en una actitud que me han hecho dudar de que te necesite en esta ala de la nave por el momento.

—¿Me releva o me exime?

—¿Que es lo que deseas?

Kohe levantó los hombros.

La jefe resopló, y lo envió a su habitación señalando hacia la puerta. Para él fue como si un peso se le quitara de encima, caminó con desenvoltura, a pasos agigantados, sintió volvió a ser un niño que regresaba de estudiar aliviado de liberarse de una tortuosa labor; estaba seguro que al día siguiente —o mas tarde —, le enviarían a la oficina de Salud, y con esta ya iban tres veces, así que lo mas probable era que en el próximo transporte le regresaran. Ya se veía caminando de regreso a casa desde donde lo dejaba el vehículo reclutador, atravesando la plaza principal de Chorme, donde él vivía, donde había nacido y crecido, y aunque en algún momento renegó de el pálido amanecer, el cielo turbio y el atardecer rojo como sangre, ahora era lo que mas añoraba, ya no veía la hora de irse de ese paisaje estático espacial que le provocaba angustia.

De vuelta en la habitación, tomó una siesta, y después, se dirigió al área de comidas asignada. Ahí, pidió la ración de alimento y le sirvieron en una bandeja un bol enorme con su dosis de nutrientes necesarios, una masa espesa viscosa y blanca con pizcas negras que hervía, y el vaso con una bebida verde muy oscura. La sorbió camino a sentarse.

Sobre la larga mesa que atravesaba casi toda la estancia habían dos hombres al otro extremo, Kohe los ignoró y de vez en cuando las risotadas de estos le sacaban de su labor, enfriar con soplos cada cucharada. También en su rostro una sonrisa bobalicona se dibujaba, disfrutaba como nunca lo que había hecho, y se extrañó de eso, pues hacia no mas de un día ahí mismo una amargura tal le hizo morderse la lengua y dar un puño a la misma mesa. Pensó que al llegar al planeta debía visitar a esa chica que laboraba en la tienda de abarrotes del parque... y justo cuando tuvo una fantasía de que le daba un beso, alguien le llamó...

—Oí que estas de nuevo aislado... —dijo uno de los dos al extremo mientras acomodaba un mechón de cabello en su oreja.

Kohe solo asintió y volvió a lo suyo.

—Vaya, sabes lo que eso significa ¿no?

—Seee... es la tercera visita médica, casi seguro que deje esta cachalote de hierro.

Los dos compañeros rieron al unísono.

—¿Y es lo que quieres? —preguntó el segundo con un hilo de voz.

—Con pasión.

—Vaya que escogiste el peor momento para regresar.

—¿Por qué, que pasa?

—No sabes al parecer — dijo el primero volviendo a apartar el mechón de su frente. Kohe negó categóricamente—, bueno, los de Ahid invadieron el estrechó de Nius, y... creo eres de ciudad Chorme ¿no?

Kohe sintió el tiempo se detuvo, su cuerpo se paralizó cuando un frio le recorrió todo su cuerpo. Eran rumores que había oído y que el mismo, en una conversación casual con su tío Gerome, había desestimado como cuentos, fábulas para asustar a los incautos que dependían psicológicamente del sistema. Para él, la paz era imposible de romperse, pues muchos se beneficiaban, los de la zona Ahid, los de la zona Tario, donde el vivía, y los de la zona Fho muy al norte... pero ahora, era una

realidad, y su vida, sus sueños, su pequeño mundo de repente dejo de tener un sentido, no habría casa, familia, amigos, nada, no podría llegar a esos lugares que anhelaba....

Pasó un rato sopesando el infortunio de su situación mientras solo movía su cuchara dentro del bol sin sorber el contenido y cuando hubo reaccionado vio que uno de los empleados estaba limpiando todo. Ya estaban por cerrar.

Se dirigió a su habitación sin terminar la comida.

A punto de disponerse a apagar las luces para dormir, el comunicador resonó. Eso no era nada bueno, pensó antes de levantarlo. La voz carente de personalidad resonó en la bocina varios minutos y él solo había asentido mecánicamente, al final por fin prestó atención. Le informaron había sido asignado a nuevas labores... de vuelta al planeta, en la capital.

Pasaron varios días y mientras, solía ir al nivel veintiocho en el bar, ahí, ante la barra, solía mirar por la ventana. Las luces del infinito se volvían opacas, parpadeaban como perdiendo su vida por unos micro-instantes, pensó lo absurdo e irónico de la situación, ahora creía iba extrañar ese panorama. Batió lo último del vaso y lo tomó...

Tiempo después, la nave llegó. Trajo consigo nueva tripulación. Para su asombro, no parecían para nada simples trabajadores, sus rostros eran sofisticados, vestían monos de un azul casi vivo, que parecía moverse como el agua de un estanque, y de miradas altivas. Luego de que la nave descargara los elementos de bodega, los que se devolvían abordaron, y él, resignado a un futuro incierto, tomó su maleta del piso, y busco su asiento. Lento y seguro, la nave transportadora salió al vacío, y poco a poco el planeta dejo de ser un adorno. La turbulencia sacudió la nave.

Kohe se ajustó las correas, y vio por la ventana que el seco y árido suelo se amplio devorando el espacio pasando de un negro profundo a un rojizo pálido en efecto difuminado, para luego la superficie ser el todo lo que se veía. Kohe se alegró de ver un seco, inerte, inanimado, pero al fin y al cabo real panorama... o al menos para él lo era.